

LA "INSULARIA" y Juan José

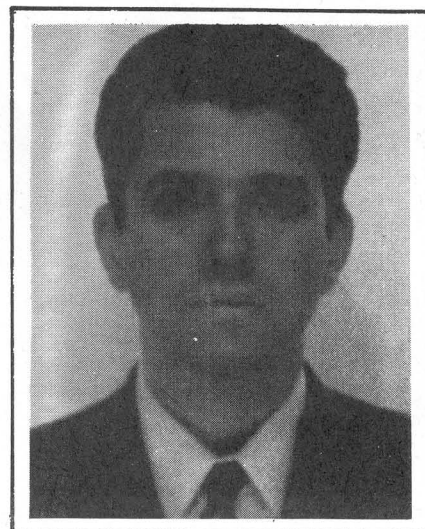
El mundo de la actividad musical es como un curioso archipiélago, cuyas islas son peculiares entre sí. En cada una de ellas encontrará el espectador habitantes entusiastas y hasta ebrios de las excelencias de su propia geografía. Así puede hablarse de una ínsula escogida por los aficionados al órgano, que todo lo ven a través de mensuras absolutas, que se extasían con los registros y mixturas exóticas y que juzgan a toda la música desde la altura de una dicción lenta y exacta, propia de la tracción mecánica de los órganos antiguos. Así también se observa la isla de los locos por la ópera, para quienes no existe mayor placer que oír un bien enfilado "do de pecho" fuerte y sostenido, o especular en torno a las diferencias cualitativas entre tal y cual cantantes. Otra isla sería la de los adictos a la música de piano, con su público fino y exclusivista y su repertorio sentimentaloides en el que no puede faltar Chopin; también la de los amantes de la guitarra, que gustan de preludios interminables y de arreglos musicales de todo tipo, adecuados al instrumento de las seis cuerdas. Y no podría faltar, en fin, la ínsula de las agrupaciones corales, para las que roza ya con algo serio, respetable y hasta difícil toda composición que se salga de aquel cánón en el que los bajos cantan "bon, bon-bon-bon", con el contrapunto mujeriego del "plin, plin-plin-plin", mientras un tenorcillo engolado entona

algo meloso y cursilón subiendo y bajando las cejas. Hay creadores, como los guitarristas - compositores, los decimonónicos pianistas de salón o los directores de orfeones pueblerinos, que adecúan su producción a las normas tradicionales vigentes en las respectivas ínsulas en que viven. Para ellos, la historia de la música es un lejano río famoso que lleva su curso por los vericuetos de algún continente vecino, al que no se les apetece mucho viajar: la "insularidad" es tan dulce... Ellos no quieren sorber del caudal de ese río, sino que prefieren beber el agua del mar que les circunda; potabilizada por ellos mismos, claro está. Los compositores por excelencia, empero, producen nuevas bebidas para el espíritu asentados en el amplio continente de sus conocimientos, y la mayoría de las veces los "insulares" ni les hacen caso. Y los compositores necesitan de los insulares para justificarse y realizarse como creadores, y se encuentran con que la demanda está vertida hacia lo chopinesco por aquí, hacia el interminable preludeo guitarrístico por allí, hacia el bien enfilado "do de pecho" por acá y hacia el grave y reiterado "bon, bon-bon-bon" por acullá. Cuando el 7 de febrero de 1973 se estrenó en Las Palmas el "Poema Coral del Atlántico" de Juan José Falcón, director del Coro de la Caja Insular de Ahorros de nuestra ciudad, el clima de expectación era un

tanto escéptico. No sólo por parte del público insular, que desconfía siempre de las posibles excelencias de un compositor local poco estrenado, sino incluso por parte de muchos coristas, para los que en principio la obra de Falcón resultaba rara y difícil. Y eso que el "Poema", valgan verdades, es una obra condicionada por la exigida adaptación al espíritu del pintor modernista Néstor, lo que dió como resultado un producto con más de cuarenta años de atraso en cuanto a la técnica de composición. Pero su modernidad y finura pareció evidente, y ello porque la "ínsula" de las agrupaciones corales lleva, en general, un atraso no de cuarenta, sino de más de cien años con respecto a las últimas técnicas de creación musical. Nadie puede poner ya en duda la bondad del "Poema" de Falcón, pues a esta obra la acreditan dos hechos incontestables: el entusiasmo que despertó este año entre los directores de otras corales asistentes en Barcelona al Día Internacional del Canto Coral, que se tradujo en masiva petición de copias de la partitura para ser ejecutada por diversas corales de Europa y América, y su reciente estreno en Finlandia. Para justipreciar este último gran acontecimiento, que debe llenarnos de orgullo a todos (y especialmente a la Caja, que fue la entidad promotora de la obra), hay que considerar que jamás se hizo gestión alguna para que tal estreno se realiza-

AD" MUSICAL

sé Falcón



LOTHAR SIEMENS HERNANDEZ

ra; aconteció simplemente que el director de un famoso coro profesional de Helsinki asistió al estreno del "Poema" porque casualmente se encontraba en Las Palmas como turista, y el interés que le produjo la música le movió a pedirle a Falcón una copia de la partitura. Todo esto nos muestra que se hace preciso editar la obra urgentemente, para reforzar la difusión que ya ha empezado a tener. En la gran ínsula internacional de los coros, nadie lo dude, encontrará digno acomodo.

Pero Falcón es, ante todo, un compositor nato de fina sensibilidad artística. Y la noticia es su puesta al día en cuanto a técnicas de composición de vanguardia, acontecimiento muy reciente y que mucho nos dice sobre las raíces musicalmente "desinsularizadas" de su espíritu, lo cual nos llena de alegría.

Todavía el año pasado daba el compositor los últimos toques a su "Cantus Supremo Hesperidum Testi", obra ambiciosa para coro y orquesta sobre textos referentes a nuestras islas tomados de la Atlántida de Verdaguer y vertidos del catalán al latín por el profesor D. Juan Marqués. Se trata de una pieza de gran efecto sonoro, con una orquesta concebida sobre experiencias stravinskianas que consta de viento, contrabajos, percusión y dos pianos ejecutados a cuatro manos. La erguida simplicidad de la parte coral contrastada con el fascinante y rico acompañamiento rítmico, que algunas veces

me recuerda a Orff, en un proceso bien tramado y de gran empaque. Una música brillante que, a mi juicio, no debe quedar en el cajón de la mesa de Falcón y sí debe estrenarse con cualquier motivo solemne, pues hay coro e instrumentistas para ello. Esta fue la última obra "tradicional" de Falcón.

A partir de la conclusión de este trabajo, el compositor pasa unos meses imbuído en lecturas de los teóricos de vanguardia y en el análisis de piezas de última hora. Descubre un mundo nuevo y revelador que le fascina y, no sin cierta timidez, realiza un primer intento serialista, que constituye el ejercicio dodecafónico más rígido en cuanto a pureza de disciplina que nunca ví: sobre un texto de José Quintana, "Isla de San Borondón", expone llanamente una serie dodecafónica y la invierte, mientras que el piano la desarrolla en muchas direcciones. El resultado es un eje robusto y tendido horizontalmente (el canto) con un insinuante acompañamiento que se le enrosca sigilosamente como una serpiente tentadora.

Esta breve y difícil obra fue estrenada ante un grupo de amigos por la soprano Feny Sánchez en casa del compositor, quien la acompañó, y doy fe de que, pese a su inusitada rigidez escolástica, contiene una fuerza expresiva insospechada, la cual aflora por sí sola al ejecutarse la partitura. Consignemos también casi entre paréntesis la creación de un gracioso divertimento para dos trompetas y piano, dedicado a

sendos alumnos del conservatorio, componentes, a su vez, de la banda juvenil de la Caja de Ahorros, quienes la estrenarán el día de Santa Cecilia.

La obra "grande" a la que se vuelca Falcón a partir de su adscripción a la música del momento actual es un ambicioso ballet sobre temas de la conquista de las islas en colaboración con Gelu Barbu. Aquí da rienda suelta el compositor a toda clase de efectos sonoros, bien aprovechados por quien tiene una base musical sólida y auténtica. Los primeros resultados, que hemos visto, son altamente prometedores. Asistimos muy ilusionados, pues, al nacimiento de una criatura que, con el pleno apoyo insular, puede convertirse en objeto de consagración a más alto nivel para el artista y en motivo de indudable prestigio para todos nosotros.

Ojalá que nuestra "insularidad" musical no sea obstáculo para que todo ello se lleve a buen fin con amplitud de miras y con la dignidad debida.

